

BIBLIOTECA POPULAR JUDIA

JAIME BARYLKO

DAVID

REY DE

ISRAEL





JAIME BARÝLKO

DAVID REY DE ISRAEL

Editado por el
EJECUTIVO SUDAMERICANO
del CONGRESO JÚDIO MUNDIAL
Buenos Aires

BIBLIOTECA POPULAR JUDIA
del Congreso Judío Mundial

Dirigida por MARC TURKOW

Colección: GRANDES FIGURAS DEL JUDAÍSMO



Buenos Aires, 1967

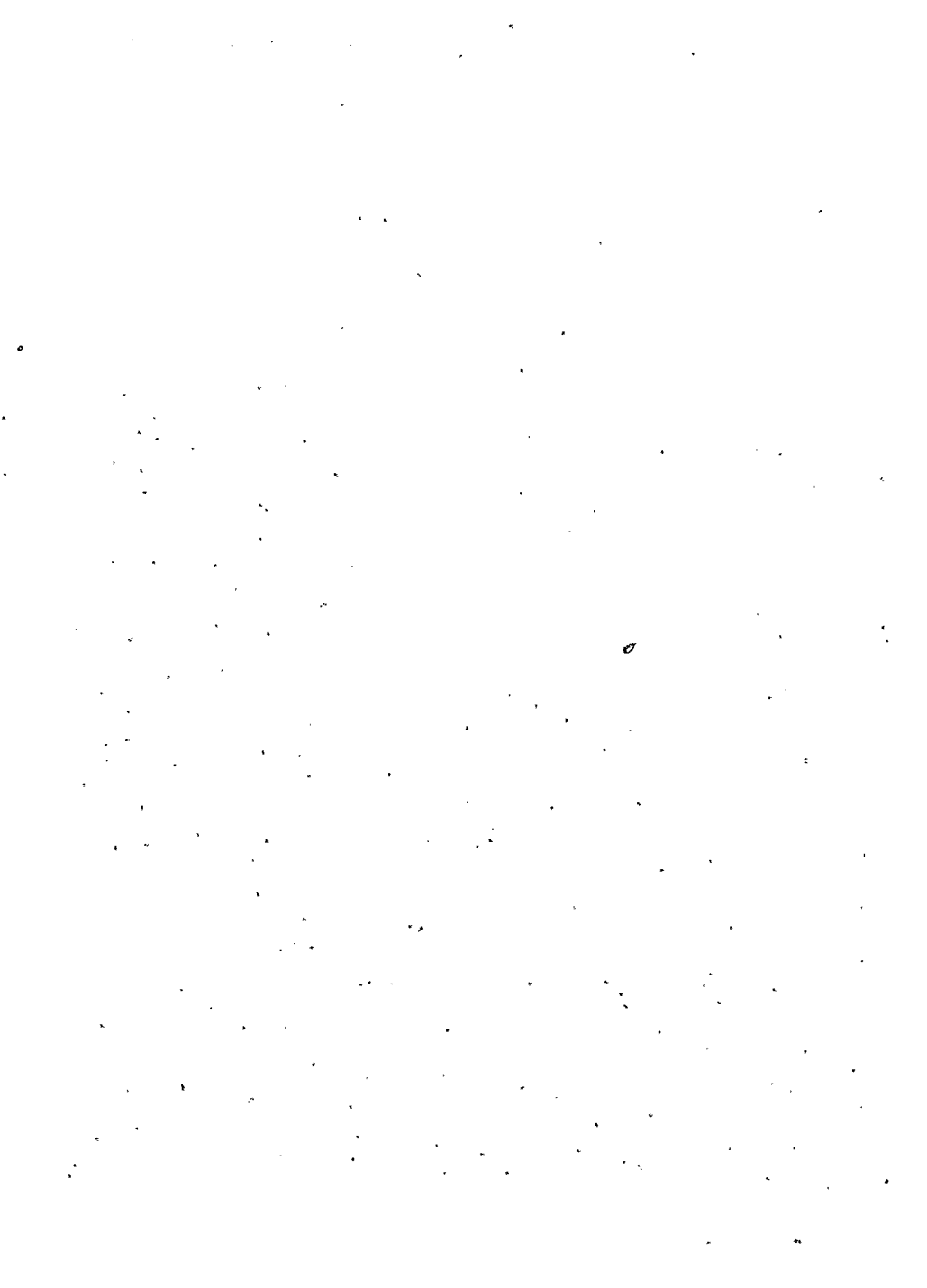
© Congreso Judío Mundial

*Queda hecho el depósito que previene
la ley Nº 11.723.*



El rey David, acompañado por todo el pueblo, conduce a Jerusalem el Arca de Jehová, con júbilo y sonido de trompetas y tambores.

Dibujo de Marc Chagall,



I. El nombre

SE llamaba David. Evidentemente el nombre es un azar. Pero hay azares sumamente significativos y en ellos suele detenerse el autor bíblico. Quiere el azar que el nombre *sea* el hombre, es decir lo simbolicé, lo esculpa en una sola palabra, en un *flatus vocis*. Muchos de los héroes bíblicos expresan a través de su nombre su destino. Por su parte, también Platón había enunciado una teoría semejante según la cual las palabras-nombres encarnan fácticamente la esencia de aquello que nominan. Pero la Biblia no se dedica a especulaciones lingüístico-filosóficas. Hechos, y no palabras. Importa lo que el hombre hace. El nombre se justifica —si es que se justifica— *a posteriori*. Evocamos la figura de David y nos preguntamos por el significado de su nombre. “*David*” deriva de una raíz hebraica que significa “amor”. Y nos apresuramos a afirmar que ese fue, efectivamente, el destino de David, un destino de amor. Comenzamos, pues, por el fin, por la culminación de una vida, por eso que se llama destino. Al respecto decía T. S. Eliot: “Lo que llamamos el principio es a menudo el fin, y poner fin es poner un principio”.

Vivió hace muchos, muchísimos años. Pero está cerca de nosotros. Porque fue grande, humanamente grande, y la humana grandeza se define ante todo por su eterna contemporaneidad. El pueblo hebreo sintió siempre esta cercanía y esta cálida contemporaneidad humana de David y terminó acuñando la frase de hondo sentido místico: “David, rey de Israel, vive y existe”. Está aquí, pues, con nosotros. Su drama es el nuestro. En su destino encontramos las claves de nuestro destino.

Accidentalmente sirvió al rey Saúl. Accidentalmente sirvió al jerrarca filisteo Ajisch. Accidentalmente hubo de emprender innumerables campañas militares, todas ellas coronadas de victoria y de gloria. Pero en su origen era pastor. En su origen era poeta y pulsaba el arpa. “El principio es a menudo el fin”, repetimos con Eliot. Amor y poesía constituían su esencia vital. Empero. —y esta es una de las lecciones

básicas de la Biblia y del judaísmo— la esencia vital debe ser conquistada, lograda, redimida. Vida es, inevitablemente, drama. Libertad y elección. “Y elegirás la vida” —dice un conocido texto del *Pentateuco*—. Es menester elegirla. No se regala. No desciende como maná gratuito y predestinado. Evocar a David implica, por lo tanto, evocar los rasgos más sobresalientes de la vida de un hombre que a través de los accidentes dramáticos de la existencia ha sabido conquistar su propia esencia trascendente. Cuando el hombre arriba a tal cumbre su limitada individualidad se universaliza. Entonces deja ya de ser *homo* para ser *humanus*. David arribó a tal cumbre. Por eso vive y existe. Eso es eternidad.

David es un nombre. “David, rey de Israel”. Pero no el David pasado. La frase alude al David eterno, al David de todos los tiempos. Consecuentemente también alude la frase al pueblo de Israel en cuanto realiza en sí la eternidad-humanidad. No algo que fue, sino algo que será o, más bien, algo que *debe ser*. El sentido de nuestra existencia. Nuestro destino.

II. “Un pastor era tu siervo. . .”

ERA un pastor. También Moisés era un pastor. También Abraham. También el profeta Amós. También el primer rey, Saúl. Al primer rey, Saúl, habría de decirle el profeta Samuel y con tono de amonestación: “Si bien te consideras pequeño, jeres el jefe de las tribus de Israel!” (*I Samuel*, XV, 17). No eran más que pastores. Y se consideraban pequeños, humildes. Por eso fueron elegidos; por eso pudieron ser elegidos. Y durante el reinado de Saúl había un humilde pastor que se llamaba David. Pero David más que nadie despliega su adolescente imagen sobre un fondo eglógico: naturaleza, canto, poesía, sueño, esperanza, paz, dulzura. Será rey. Será el más grande de los reyes de Israel, pero esa agitación pastoril-poética jamás abandonará su alma.

Era el menor de todos sus hermanos. “Y era rubio, de bellos ojos y de hermosa apariencia” (*I Samuel*, XVI, 12). Y soñaba. Tal vez al son del caramillo, o del arpa, o de armónicas brisas de ayer y de mañana. Repentinamente despierta. La realidad inmediata lo conmueve. La tierra de Israel y el pueblo de Israel viven horas de angustia.

Los enemigos filisteos acosan sin cesar, encabezados por el gigantesco e imbatible Goliat. Goliat se burla de Israel. Goliat se burla del Dios de Israel. La fuerza física se burla del espíritu. Ahí interviene David. Pero desde otro plano. Desde el plano del sueño y de la fe absoluta en el Dios insultado y en el espíritu menospreciado. David aparece delante del rey Saúl y le presenta sus credenciales: sus sueños. "Y dijo David a Saúl: un pastor de su padre era tu siervo, y vinieron un león y un oso y se llevaron un cordero de la manada... También el león, también el oso fueron muertos por tu siervo, y este filisteo incircunciso tendrá el mismo fin que ellos, puesto que ha insultado a las legiones del Dios viviente" (I Samuel, XVII, 34, 36).

¿Quién comprenderá el lenguaje de David? Ni el propio rey, ni sus hermanos, ni el odioso enemigo. David sale al encuentro del poder físico... en nombre de Dios. Sus armas no están tomadas de esta realidad, sino de una realidad superior, trascendente, con apariencia de sueño y de fantasía. Se entablará el gran combate (innumerables veces entablado por el pueblo de Israel en el transcurso de su historia) entre dioses muertos y el "Dios viviente" de David, entre falsos valores sostenidos en endebles pilares de supremacía física y los verdaderos valores del espíritu representados por un adolescente pastoril-poeta-ensoiñado. Sobre el frontispicio de la dramática historia del pueblo de Israel se graban las palabras que David pronuncia frente al altivo Goliat: "Tú vienes hacia mí con espada y lanza y jabalina; pero yo voy hacia ti en nombre de Dios... Y sabrá todo el mundo que hay un Dios en Israel. ...Y sabrá toda esta multitud que no con espada ni con lanza ayuda Dios..." (I Samuel, XVII, 45-47). ¿Quién comprenderá el lenguaje de David? ¿Cuántas veces habrá de reeditar el pueblo de Israel el lenguaje de David? ¿Cuántas veces aún habrá de reanudarse el combate? ¿Cuándo finalmente el "Dios viviente" será de todos los vivientes. No hay respuestas predeterminadas. El tiempo dirá, ese mismo tiempo en el cual confía David, y el pueblo de David.

La victoria de David, la derrota de Goliat. El clásico relato es más que conocido. ¿Qué ocurrió luego? ¿Qué rumbo tomaría otro héroe en lugar de David? Se encumbraría en un poderío varonil y guerrero. Es más que obvio. También es obvio que *no* fue ese el camino que tomó David. David continúa siendo el pastor ensoñado, el más pequeño de sus hermanos. No era suya la victoria; era de Dios. David retorna



DAVID Y GOLIAT .

Dibujo de Efraím Moisés Lilien.

a su arpa, a sus corderos. Más aún: el rey había jurado que quien venciera al filisteo sería regiamente agraciado y tomaría por esposa a la hija del rey. David no reclama su "paga". No quería paga alguna. No obstante, el azar sale a su encuentro. El azar en las bocas y en los cuerpos de las hijas de Israel. Ellas salen a su encuentro con danzas y canciones. Después de la victoria asoma el primer atisbo del amor en la vida de David.

Drama del hombre. Ironía de la existencia. Al primer atisbo de amor se suma el primer atisbo de odio. La rosa y las espinas. El amor popular profesado al adolescente de bellos ojos provoca los celos del rey Saúl. Quien ama, quien es amado, quien pretende hacer del amor vocación y destino, deberá sobreponerse a fulgurantes y siempre peligrosos cercos de odio. El hijo de David, Salomón, escribirá más tarde en su *Cantar de los Cantares*: "Fuerte como la muerte es el amor; terribles como el sepulcro son los celos".

III. Caminos paralelos

La vida y la historia de David están relatadas en los libros *Samuel I*, *Samuel II*, *Reyes I* y *Crónicas*. Sabido es que la Biblia no siempre respeta el orden cronológico de los acontecimientos. Historia no es precisamente cronología. Historia es sentido. El sentido de lo humano está suspendido entre cielo y tierra. Según *I Samuel*, XVI, el profeta Samuel es enviado por Dios para ungir ocultamente a David. La elección recae en uno de los hijos de Ischaí. Samuel enfrenta a los hijos de Ischaí. Sabe que uno de ellos es el elegido, pero no sabe cuál de ellos. Ahí aparece Eliav, alto, esbelto, digna figura para ser rey. Samuel se deja fascinar por la imponente presencia de Eliav. Dios le hace notar su error con estas memorables palabras: "No te fijas en su apariencia ni en su bello porte, porque no lo quiero. ... Porque el hombre ve tan sólo la apariencia exterior; en cambio Dios ve en el corazón". (*I Samuel*, XVI, 7). Las apariencias engañan. Importa el corazón, el alma, el espíritu. Allí hay que mirar, allí hay que fijar la vista. Hasta que aparece el hijo menor, David, el pastor, aquel a quien todas las apariencias descartaban; él es el elegido; él es el ungido. En la humildad reside latentemente la grandeza. Este es el comienzo de David,

visto "desde el cielo". Los sucesivos capítulos de *I Samuel* relatan el comienzo de David, visto "desde la tierra". Por una parte tenemos a David, el elegido. Por otra parte encontramos a David, *el hombre que se elige*. Son dos versiones de una misma realidad. Es elegido el hombre que se elige. Aparentemente los relatos son contradictorios: 1) La elección de David por orden divina. 2) El ascenso de David por méritos propios. En realidad tal contradicción se diluye en el sentido profundo de la historia. El cielo no interviene en la tierra. El cielo es el otro horizonte en el cual se reflejan y adquieren significado trascendental los caducos hechos terrenales. Es el mismo David, es la misma elección, es la misma realidad.

Imposible determinar en qué preciso instante un hombre *comienza a ser*. Por eso prefiere el autor bíblico poner al alcance del lector varios puntos que podrían ensamblarse en un mismo comienzo: a) David, el pastor que enfrenta al guerrero de profesión Goliat y lo vence. b) David, "el menor de sus hermanos", ungido ocultamente por el profeta. c) David, el músico, es conducido al palacio real para que destierre las tinieblas que inundan el alma del rey Saúl con armonías de arpa. "Y fue David a la casa de Saúl y lo sirvió y lo amó mucho..." (*I Samuel*, XVI, 21). Saúl amó mucho a David. He aquí nuevamente la reciprocidad de los misteriosos caminos paralelos de la historia: David el gran amante es David el gran amado. Pero el amor es una flor espinosa. El autor bíblico suele ser muy parco en acotaciones marginales, descriptivas. El autor bíblico empero nos dice: "y lo amó mucho". Cada palabra está medida, tiene un peso absoluto. Ese "mucho" señala una pasión urgente, profunda. Ese "mucho" persistirá en el espíritu apasionado de Saúl, pero volcándose —también urgente y profundamente— del amor al odio. Caminos paralelos entre cielo y tierra. Tortuosos y contradictorios caminos entre hombre y hombre.

IV. "Y el alma de Jonatán se ligó al alma de David..."

SAÚL temía ser desplazado por David. También él —Saúl— había sido pastor. También él había sido pequeño. También él fue ungido por el profeta —por el cielo— y aclamado y elegido por el pueblo —la tierra—. Era el primer rey. Hubo de pagar caro el salto de la pequeñez a

la grandeza. Comenzó a vivir en tinieblas de miedo y de acechanzas. David era amable. Saúl lo amó "mucho". Pero la ponzoña del miedo no dejaba nada intacto. El amor se trocó en odio. David, el poeta-cantor, debía huir de Saúl. El odio lo perseguía. Pero el amor jamás lo abandonaba. El amor perdido de Saúl lo heredó su hijo, Jonatán. El texto no encuentra mejores palabras para expresar la profunda amistad de estos dos jóvenes, David y Jonatán, que: "Y el alma de Jonatán se ligó al alma de David; y Jonatán lo amaba como a su propia alma" (I Samuel, XVIII, 1). El humanismo bíblico nos enseña una y otra vez: no hay predeterminaciones, no hay leyes preestablecidas; hay una sola ley: la libertad de ser y hacer. El hijo se rebela contra su padre el rey. El hijo ama al mismo hombre que su padre odia. Una y otra vez huye David de la espada de Saúl. Una y otra vez gracias a la ayuda de Jonatán. Jonatán, el posible heredero del reino de acuerdo con la ley de la sangre, se somete a una ley superior, a la ley del espíritu, del amor, de la amistad. Tácitamente cede Jonatán su reino a David. No es Dios quien elige en este caso; es el hombre quien elige al hombre.

Murió Jonatán. Murió trágicamente abatido junto con su padre Saúl en un combate con los filisteos. El alma de David queda transida de dolor y angustia. Mueren los hombres, pero las almas ligadas por la amistad sobrevuelan la muerte y aletean en la eternidad. Surge entonces la voz de David-el-poeta. Poema del sufrimiento y del duelo:

"Saúl y Jonatán, amados y dulces en su vida,
la muerte no podrá separarlos.

¡...Jonatán, muerto en las montañas!

¡Cuánto sufro por ti, hermano Jonatán!

¡Cuán dulce me eras!

¡...Cómo cayeron los valientes!" (II Samuel, I, 23, 25-27)

Quedaba absolutamente despejado el camino al reino. Pero no es David-el-rey futuro quien reacciona. No, es David el poeta. Es David el amigo-amante dolorido y estremecido. El postrer saludo de un alma poética. "¡Hermano Jonatán!" —lloraba David. No eran hermanos. Ellos se habían hermanado. Ellos habían optado por la fraternidad amorosa. Podían haber sido rivales, y aun rivales a muerte. Optaron por la fraternidad. La muerte no podrá separarlos. Cuando un alma se liga con otra alma, se liga *eo ipso* a la inmortalidad.

"¡Cómo cayeron los valientes!" Y seguirán cayendo. Y David será rey. Y David y los sucesores de David procurarán fundar un reino en el cual los valientes dejen de caer. La amistad de David y Jonatán no puede ser un mero accidente en esta vida. Debe llegar a ser su esencia y fundamento y finalidad y destino,

V. Intermedio salmístico

[ESCRIBE Eliézer Steinman: "No hay un «Yo» en las Santas Escrituras. El sujeto de todas las misiones es la tribu, el pueblo, la sociedad. Los individuos mencionados por sus nombres son representantes del todo: patriarcas, jueces, jefes, reyes, profetas. Prevalecía la función sobre lo subjetivo. Moisés es el redentor, el que dio la *Torá*. Aarón es el sacerdote. El «Yo» perseguido, sobre el cual versa la mayoría de los *Salmos*, es en realidad un «Yo» colectivo, impersonal, el Hombre-Todo, el que se encuentra solo, rodeado de enemigos, y cuando la desesperación envuelve a su alma se vuelca en plegaria frente a Dios, fortaleza de su esperanza y de su destino, para que le sirva de escudo y protección. El desdichado de los *Salmos*, también él encarna una misión. La desdicha es su misión. Por la garganta del hombre desdichado de los *Salmos* hablan los desposeídos y los oprimidos de todos los pueblos, en todos los tiempos".

Vienen al caso las palabras de Steinman, puesto que viene al caso que nos apresuremos y señalemos a David como autor de los *Salmos*. Antes de ser rey fue cantor y poeta. Platón soñaba con un utópico estado en el cual los gobernantes fueran filósofos. Helo aquí a David, poeta y rey. Primero poeta. ¡Y de qué poesía! Autor de los *Salmos*. (Por más que la crítica científica niegue a David la paternidad de todos los salmos, no cabe duda de que gran parte de ellos fueron compuestos por el pastor-poeta-rey). En los *Salmos* derramó David las savias más profundas de su espíritu. Por una parte el dolor y la angustia del ser perseguido; por otra parte la esperanza y la confianza en Dios, en el futuro, en el tiempo, en la historia. Pero bien dice Steinman que el individuo bíblico es símbolo de una misión, de un destino, de una humanidad-totalidad. David compuso los *Salmos*, pero detrás de David cantaba y lloraba todo un pueblo, o, como dice Steinman, los hombres "de todos los pueblos, en todos los tiempos".

¿Acaso podrá asombrarnos, por lo tanto, que el pueblo de Israel durante milenios hallase su imagen, y su expresión, y su plegaria, y su añoranza en el libro del poeta-rey, en el libro de los *Salmos*? Más allá de la belleza poética encontraba el pueblo en los poemas de David su propia experiencia, su propio destino: persecución, abandono, soledad, esperanza, destino, designio. Hablen los *Salmos*. Hable David. Hable el pueblo de David. *Salmos*, LXX:

“Dios, ¡ven a salvarme! ¡Apresura tu ayuda!
Todos los que desean mi muerte
habrán de avergonzarse,
retrocederán y se cubrirán de oprobio
los que buscan mi desgracia.
... En cambio se alborozarán y se regocijarán en Ti
aquellos que Te buscan,
y dirán continuamente: “soberano sea Dios”
los que aman Tu salvación.
Y yo, yo soy pobre y desvalido;
¡apresúrate Dios por mí
puesto que eres mi ayuda y mi refugio,
no te demores!”

VI. “Treinta años tenía David...”

“TREINTA años tenía David cuando comenzó a reinar, y cuarenta años reinó” (*II Samuel*, V, 4). Su reinado comienza aproximadamente al final del siglo XI antes de nuestra era. La elección secreta y oculta por manos del profeta Samuel permaneció siempre secreta y oculta. El pueblo todo eligió y ungió a David. En el octavo año de su reinado conquistó David la ciudad de Jerusalem y la convirtió en capital del reino. “Y David crecía y se engrandecía y Dios... estaba con él” (*II Samuel*, V, 10). Normalmente, naturalmente la grandeza suele excluir a Dios, la potencia material suele excluir al espíritu, el reino del hombre suele excluir al reino de la Trascendencia. ¿No decía acaso rotundamente Nietzsche: “Si existieren dioses, ¡cómo soportaría yo no ser un dios!”? Importa pues destacar el hecho fundamental de la grandeza de David que *implicaba* a Dios. Grandeza tantas veces

más grande en cuanto se reconocía limitada y relativa respecto de la Grandeza Superior.

¿Qué hace el rey después de haber conquistado Jerusalem y de haberla convertido en capital del reino? ¿Qué haría *otro* rey? ¿Cómo resistir al peso de la propia gloria, del enaltecimiento de la propia personalidad, de la propia fuerza, del *ego* victorioso? Pero David no es *otro* rey. David es el rey de Israel, El rey pastor-poeta que estaba con Dios. David no conquistó Jerusalem para engalanar la vanidad de su regio "yo". David conquistó Jerusalem para centrar en ella el reino de Dios. Para Dios, tan sólo para él. Después de la conquista lo primero que hace es introducir a Dios en la ciudad. David hace entrar a la ciudad el Arca que contenía las Tablas de la Ley. Fue un acto popular. No estaba reservado a sacerdotes y a aristócratas de la religión. Allí participaba el pueblo todo. Y el rey mismo formaba parte del pueblo todo. Alma y cuerpo, la humanidad en su totalidad, participaban. Con poesía, con música, con cánticos, con bailes, así fue introducida el Arca a Jerusalem. Y el rey ya no era rey. Era meramente un hombre frente a Dios. Nunca fue más que eso. Nadie, tampoco, puede llegar a ser más que eso.

Mijal, la hija de Saúl, era esposa de David. "Y Mijal se asomó a la ventana, y vio al rey David que bailaba y brincaba delante de Dios, y lo despreció en su corazón" (*II Samuel*, VI, 16). Recalquemos los hechos: David bailaba y brincaba delante de Dios. Mijal no participaba del acto. Mijal lo contemplaba desde la ventana de su casa. Mijal no ve a David, no ve a su esposo; ella ve al *rey David*. Mijal, hija de rey, esposa de rey, no se mezcla con el pueblo. Mijal, la aristócrata, no concibe que un *rey* baile y brinque delante de Dios con todo el pueblo. Mijal desprecia a David.

Evidentemente David, el gran David, no se había comportado como un rey, como *otros* reyes. Evidentemente David había arribado a un *status* mucho más alto, a una categoría que Mijal ignoraba, al éxtasis superior del hombre frente a Dios.

VII. "Y David le dijo: No temas..."

EL camino, cuando es auténtico, nunca se desprende de las espinas. Caen las viejas espinas, surgen nuevas en su reemplazo. Constante

mente hay que estar alerta contra acechanzas, peligros. Quedaba la descendencia de Saúl. Quedaba el resentimiento de los desheredados del poder. Pero David no teme. Su línea de conducta es impecable. Sabe quiénes son sus enemigos, pero se preserva cuidadosamente y no se torna él mismo *enemigo* de nadie. Abre sus brazos y recibe a todo aquel que esté dispuesto a acogerse en ellos. No piensa David en sus enemigos. Piensa en sus amigos. Lo acompaña el cálido e imborrable recuerdo de Jonatán. El alma que se ligó al alma no olvida.

“Y dijo David: ¿Quién más queda de la familia de Saúl? Lo beneficiaré a causa de Jonatán” (*II Samuel*, IX, 1). Aunque no haya amor en el presente, puede actuarse en el presente a causa y con motivo de un amor pasado. Así, al menos, lo decide David. Es el rey, es el gran rey que actúa aun contra sus propios intereses regios, pero a favor de sus propios intereses humanos.

Quedaba, sí, un hijo de Jonatán: Mefiboschet. “Y vino Mefiboschet, hijo de Jonatán, hijo de Saúl y presentóse a David y se postró sobre su rostro y se inclinó. Y David le dijo: ¡Mefiboschet! Y respondió: He aquí a tu siervo. Y David le dijo: No temas, puesto que habré de beneficiarte a causa de Jonatán tu padre. Te devolverán todas las tierras de tu abuelo Saúl, y tú comerás siempre a mi mesa” (*II Samuel*, IX, 6-7).

“No temas” —dijo David. David quiere desterrar el terror. Sabe que Mefiboschet es su eventual enemigo, sabe que los juegos políticos ignoran caridad y perdón. No obstante, sigue la vía de la caridad y del perdón. Con toda intención acentúa el texto el hecho de que Mefiboschet era hijo de Jonatán, *hijo de Saúl*, o sea con derechos a pretender el reino de su abuelo. Acentuar este hecho significa acentuar la grandeza humana de David.

“No temas” —dijo David—. Y olvidó que él mismo debía temer. Quería fundar y fundamentar un reino humano sin temores, sin odios, ni inquinas. Quizá no lo haya logrado. Empero fundamentó el paradigma de un ideal que la historia *debe* realizar.

VIII. “El camino de un hombre con una mujer”

A Sí dirá el hijo de David, Salomón, en sus *Proverbios*, XXX, 19: “Tres cosas me son ocultas, y cuatro por mí ignoradas: El camino del águila-

la en el cielo; el camino de la serpiente sobre la roca; el camino de la nave en el corazón del mar; el camino de un hombre con una mujer". Caminos insondables, caminos desconocidos, misteriosos e impredecibles caminos. Amor, primer precepto bíblico: "Y se unirá con su mujer" (*Génesis*, II, 24). El amor en la vida de David tiene cierto halo de atavismo, de pasión desbordante que parece descender y fluir de lejanos e inmarcesibles tiempos. Conocemos la ascendencia de David. Las Escrituras la señalan bastante claramente. Pero lo notable en esta ascendencia es que toda ella vibra y refulge bajo el signo del amor, de un amor tormentoso, desesperado, que no conoce ni quiere conocer —reconocer— vallas. Ese extraño camino, "el camino de un hombre con una mujer", culmina finalmente con Salomón, hijo de David, y el apoteótico poema amoroso que brota de su alma, el *Cantar de los Cantares*. Ahí se dice: "Muchas aguas no podrán apagar al amor y los ríos no podrán aríasarlo" (VIII, 7).

Remontemos brevemente el pasado de la stirpe de David. Encontramos al padre de la tribu, a Judá. Tres hijos tuvo Judá. Los dos primeros se casaron —sucesivamente— con Tamar. El primero se casó y murió al poco tiempo; idéntico fin tuvo el segundo. Según inveterada ley de Oriente, también el tercero debía casarse con la viuda, puesto que sus hermanos no habían dejado hijos. Judá teme perder a su tercer hijo. Judá deposita todo su amor en el tercer hijo restante; teme por su destino; teme a la fatalidad que parece desprenderse de esa mujer llamada Tamar. Quiere el misterioso destino que traza "el camino de un hombre con una mujer" que Judá mismo —sin saberlo— termine amando a Tamar. Es el castigo de Judá. Tamar reclama lo suyo, Tamar reclama el amor. Tamar trama los hilos. Tamar logra el amor, a pesar de Judá, gracias a Judá. De ese amor nace Péretz. En línea directa, muchas generaciones más tarde, de Péretz nacerá Booz.

Y he aquí otra historia de amor, también dramático, insurrecto, implacable. Ruth la moabita. No era hebrea; era de Moab. En Moab se casó con un hombre de la tribu de Judá. Murió el hombre. Quedóse Ruth sola con su suegra, Noomí. "Noomí" significa dulzura. Noomí perdió a su esposo, perdió a su hijo en tierras de Moab. Decide volver a su tierra patria, a la tierra de Israel. Pretende volver sola. Pero Ruth "se liga" a ella. Ruth es toda amor, amor a Noomí, amor al pueblo de Noomí, amor al Dios de Noomí, amor a la tierra de Noomí. Maravi-

lloso e inigualable amor. Todo el dolor de la existencia y de la frustración se truecan en una profunda ternura y un infinito amor. Así dice Ruth: "Adonde vayas, yo iré; y donde pernóctes, pernóctaré; tu pueblo es mi pueblo; tu Dios es mi Dios; donde tú mueras yo moriré; y donde seas sepultada ahí me sepultarán. Juro por Dios que sólo la muerte podrá separarme de ti" (*Ruth*, I, 16-17). (Generaciones más tarde, de la estirpe de Ruth nacerá un hombre llamado David, y ese hombre en la plenitud del dolor y del amor dirá que el amor sobrevuela aún a la misma muerte.) En tierra de Judá se enamora Ruth de Booz. ¡Cuánta poesía, cuánta belleza, cuánto arte de todos los tiempos y de todas las tierras ha inspirado este amor de Ruth! Así, *verbi gratia*, canta Gabriela Mistral: "Y en la onda de oro la Ruth moabita / viene espigando a encontrar su destino". De Booz y Ruth nació Oved, de Oved nació Ischaí, de Ischaí nació David.

Esta es la estirpe de Judá, el proceso histórico que conduce —de amor en amor, de dolor en dolor— a David. Dijimos que no hay pre-determinación. Analizamos y puntualizamos los datos escuetos. Encontramos una tradición de amor y pasión desde Judá hasta David. Estos amores nada explican respecto del amor en la vida de David, pero sí resultan ser como una insinuación, una introducción, un preludio.

IX. "Y la mujer era de muy bello aspecto"

SOSTIENE Platón en su *Banquete* que el amor es un anhelo de belleza. Por su parte señalaba Unamuno que el Eros está íntimamente relacionado con lo metafísico. El anhelo metafísico-amoroso arrastra a David, el hombre. Érase una mujer llamada Avigail (ver *I Samuel*, XXV) "de buena inteligencia y hermoso aspecto". Ahí fue uno de los caminos "de un hombre con una mujer". David aún no era rey. La mujer tenía esposo. La mujer fue al encuentro de David para que perdonara los insultos proferidos contra él por su esposo. Pidió que lo perdonara, que no lo matara. Accedió David. Pasó el tiempo y el esposo de Avigail murió. Después David desposó a Avigail.

David ya era rey. Hubo otra mujer. Se llamaba Betsabé. Pero los caminos no se repiten. "Y la mujer era de muy bello aspecto". Ese "muy", nuevamente, indica una belleza superlativa. Ese "muy" da nacimiento a

un anhelo y una pasión superlativos. En el caso de Avigail, David supo —y pudo— frenar su pasional anhelo. En el caso de Betsabé el anhelo domina al hombre. El “muy” aplicado a la belleza de Betsabé se coloca por encima de límites y fronteras. El hombre olvida al rey. El hombre olvida al reino. Betsabé tenía esposo. Nada puede ser escollo. David posee a la mujer. Ella no se entrega al hombre; ella se entrega al rey, a quien teme. Transcurre el tiempo. Betsabé comunica a David que va a ser madre. David se estremece. El pecado no reside únicamente en el acto, sino en las consecuencias del acto. David no puede esperar. El esposo de Betsabé debe morir. Tapar un pecado con otro pecado. Humano, demasiado humano.

Muere el esposo de Betsabé. Muere, indirectamente, por orden del rey. Pero los pecados no se encubren. Se encubrirán ante los hombres, pero no ante Dios. Surge el profeta Natán. (Insondables secuencias del azar: Natán se llamaba el profeta. Prácticamente el mismo nombre del inolvidable amigo de David: ¡Jo-natán!) Betsabé había temido al rey. Los hombres temen a los hombres. Pero los profetas son hombres-emisarios-de-Dios. Los profetas no temen ni siquiera al rey. Se acercan los profetas a los reyes para recordarles que no son más que... hombres. Frente al Rey caducan y se anulan todos los reyes. Pero Natán no acusa directamente a David. Natán le narra al rey una parábola sobre un hombre criminal y exige del rey que pronuncie su veredicto. Natán no acusa al rey. Natán exige que el rey se acuse a sí mismo. David pronuncia su veredicto: el hombre criminal merece la pena de muerte. Entonces —y tan sólo entonces— brota la verdad de la boca de Natán. Dos palabras, únicamente dos palabras, terminantes, lapidarias, absolutas: “¡Ese hombre eres tú!” Comprende el rey que el criminal de la parábola es él mismo. ¿Qué responderá el rey? El rey responderá —también él— con dos palabras: “He pecado contra Dios”. (En el texto hebreo tanto la acusación de Natán como la respuesta de David se expresan con dos vocablos).

“He pecado contra Dios”. Los actos humanos deben ser vistos —como diría Spinoza— *sub specie aeternitatis*, desde el ángulo divino-absoluto. No es tan sólo un pecado contra hombres —Betsabé, el esposo de Betsabé—, sino contra Dios. En el texto hebraico original las palabras de David se enmarcan entre dos grandes espacios vacíos. Pensamos que esos espacios simbolizan el silencio que antecedió y que sucedió a la frase

del rey. Tremendo silencio que antecede y sucede a las grandes verdades de la existencia. David descubre la verdad de la existencia. La verdad —la ética verdad— de la existencia consiste en asumir los propios actos. David se hace responsable, se reconoce responsable. David se asume delante del profeta como quien asume la distorsión de su propia imagen delante del espejo. Como *otros* reyes, como otros hombres, David pecó. Pero únicamente David fue capaz de asumir su pecado, reconocerlo, hacerse cargo de él. Nada está predeterminado y las sendas de la libertad —según el judaísmo— permanecen siempre abiertas, siempre dispuestas para el retorno, para la asunción de la responsabilidad, para el reconocimiento de la verdad existencial hecha accidentalmente de pecado pero jamás de condena irremisible. Grande fue el pecado de David. Grande, y se apoyaba en la grandeza del poder regio. Después del pecado vemos a David humillado, sumiso, con la cabeza gacha. Un hombre, nada más que un hombre delante de Dios. Un hombre en la plenitud de su humillación. Despojado de toda grandeza, de todo poder, de toda vanidad. Ahí residía la auténtica grandeza, la grandeza del hombre despojado y desnudo que capta su ser-en-el-mundo como ser-delante-de-Dios.

El niño, el fruto del amor pecaminoso, murió. ¿Era ése el castigo? Lo era. Pero no *todo* el castigo. En el humanismo bíblico el pecado brota de la existencia; y de la existencia, en su devenir temporal, también surge el castigo. Muere el niño. Pero el castigo será también un castigo de amor. La pena nacerá de los hijos que *no* murieron. David ha de vivir el amor en todas sus facetas, en todas sus dimensiones, en todos sus dramatismos. Su amor habrá de compensarse con otros amores o des-amores. La justicia se traduce en justicia humana-histórica. La historia no pronuncia justicia pero sí *hace* justicia. “Ese hombre eres tú” —había dicho el profeta. Y en calidad de hombre habrá de seguir amando. Y en calidad de hombre habrá de seguir sufriendo.

X. El rey David

DAVID era rey. Cuarenta años reinó David. ¿No nos habremos desviado por vías novelescas enfocando parcialmente la figura de David, su faz íntima-subjetiva-familiar? ¿Y el *rey* David? ¿Y sus gestas militares y políticas? Humildemente nos atenemos a los textos bíblicos y espigamos en

ellos. En efecto, encontramos ahí al rey David, a la gloria y esplendor de su reinado, a sus fantásticas conquistas y a su poderío militar siempre victorioso. Pero la *Biblia* no considera que eso sea lo fundamental de la historia. La *Biblia* narra esos hechos muy a la ligera y sin prestarles particular énfasis. Así, por ejemplo, se dedican cincuenta y dos versículos al tema "David y Betsabé", e inmediatamente después se resumen en seis versículos la guerra y la victoria sobre Amón. A pesar de sí mismo guerrea David, y vence. ¡Esplendor de un reino! ¡Grandeza de un rey! ¡Poderío desplegado a ambas márgenes del Jordán! ¡Innumerables pueblos vencidos y sometidos! No obstante, el relato bíblico dedica a estos acontecimientos pocos y escuetos versículos. Más que la conquista de Jerusalem, importa detallar la entrada del Arca a la ciudad santa, importa describir cómo bailaba David en éxtasis religioso delante del Arca. Importa sobre todo el hombre frente al hombre, el hombre frente a Dios. Cincuenta y dos versículos dedicados a "David y Betsabé", e inmediatamente seis versículos dedicados a la conquista de Amón, e inmediatamente treinta y nueve versículos dedicados a otro episodio íntimo-familiar-amoroso. Esta es la concepción bíblica y judaica de la historia: el sentido de la existencia como existencia personal: yo y tú. El valor y la trascendencia no residen en la guerra, en el poderío, en las conquistas, en las grandezas vanas y pasajeras. ¡Pobres pueblos y pobres hombres que edifican su historia tan sólo en esos brillantes pero endeble pilares! El rey David fue grande porque grande fue el hombre David. Así lo vio su pueblo, así se grabó en el corazón de su pueblo: pastor, poeta, perseguido, amante, bello, doliente, extático, lírico, pecador, penitente, patético. El reino de David transformóse en el inmortal reino de los *Salmos*. Ese reino y ese rey incrustan su efigie en la eternidad. Por eso podía afirmarse con absoluta convicción que "David, rey de Israel, vive y existe". Un pueblo que no es como todos los pueblos; un rey que no es como todos los reyes; una existencia que no es como todas las existencias. Un rey que no es pasado, sino futuro, futuro de la humanidad toda, porque sobre sus propios rasgos todo un pueblo ha ido esculpiendo durante largas generaciones la imagen del Mesías, esto es, la imagen del final de los tiempos, de la paz universal, de la humanidad universal.

XI. "¡Mi hijo Absalón! ¡Hijo mío, hijo mío, Absalón!"

MURIO el primer hijo de David y Betsabé. Más tarde tuvieron otro hijo. "Y llamó su nombre Salomón. Y Dios lo amó. Y envió (Dios) por intermedio del profeta Natán, y llamó su nombre Yedidiá". (*II Samuel*, XII, 24-25). "Yedidiá" significa, en hebreo, el amado de Dios, el amigo de Dios. Amor humano. Amor divino. Amor entre cielo y tierra.

David tenía más hijos, de otras mujeres. Entre ellos Absalón, Tamar, Amnón. Absalón y Tamar eran de una misma madre. De otra madre era Amnón. Recordará el lector a Tamar, la lejana antecesora de David. Aquella había salido en busca del amor y no se arredró ni se detuvo hasta que no lo hubo logrado. Esta Tamar, la hija de David, también es bella, sumamente bella. No sale en busca del amor. El amor sale en su busca. En su busca sale... ¡su hermano-hermanastro Amnón! Tortuosas sendas del Eros pasional. Indescifrables caminos compensatorios y justicieros de la historia humana. El prohibido amor de David y Betsabé viene a expiarse *realmente* en el prohibido amor de Amnón a Tamar, ambos hijos de David. ¡Treinta y nueve versículos dedica el autor bíblico a esta tragedia! Tamar se resiste, pero en vano. A la fuerza la toma su hermano Amnón. Una vez cometido el acto ignominioso, se transforma la personalidad de Amnón. "Y la odió Amnón con un odio muy grande, pues más grande era efectivamente el odio que sentía por ella que el amor que le había profesado. Y Amnón le dijo: ¡Levántate y vetel!" (*II Samuel*, XIII, 15). Nuevamente aparece el recurso estilístico: "muy". Pasión incontenible. Pero la verdad de la pasión se revela a continuación: no era amor, *era odio*. (Tal cual —recuerde el lector— había ocurrido con Saúl respecto de David). David se enteró del hecho "y se encolerizó mucho". Más no podía hacer. Más no hizo. Tal vez percibiera que el acto, en suma, se refería a él, estaba destinado a él, como si ésa fuese realmente su expiación. David se encoleriza, pero no juzga, no castiga. Sabía que él, precisamente él, no podía castigar, no estaba autorizado. Entonces aparece en escena el segundo hijo de David, Absalón, hermano de Tamar. Absalón planea silenciosamente el castigo. Absalón invita a Amnón a un banquete y ahí mismo lo mata. Así se suceden las desgracias en la casa de David. Tres hijos perdió David. (Dos hijos había perdido Judá;

Dos hijos había perdido Noomí. Paralelismos históricos envueltos en augustos silencios sibilinos.) Absalón huye. Teme a la cólera de su padre.

¿Quién es Absalón? ¿Qué es Absalón? El texto bíblico, generalmente parco y lacónico en descripciones y acotaciones marginales, nos dice: "Y como Absalón no había un hombre en todo Israel que fuese tan bello y tan digno de mucho elogio". (II Samuel, XIV, 25). Aparece una vez más el *leit-motiv* estilístico: "mucho". Nuevamente la belleza. Nuevamente el amor. Primero el purísimo amor de hermano a Tamar que lo conmueve hasta el crimen. Luego el amor de Absalón a... sí mismo. El más fatal de los amores. La autoexaltación desenfrenada. Absalón se rebela contra su padre. Absalón se corona rey. ¿Qué hace David? David se comporta pasivamente frente a todas estas desdichas que brotan de su propio seno familiar. Las acusadoras palabras del profeta Natán jamás se borrarán de su espíritu: "Ese hombre eres tú". El acusado jamás podrá acusar a nadie. Pasivamente contempla y resiste y sufre. David y los hombres que permanecen fieles a él se retiran de Jerusalem. En lejanos tiempos de juventud había entrado David a Jerusalem con cánticos y bailes. Ahora se retira el rey de la ciudad que era su ciudad por antonomasia. (Jerusalem se denominaba también "La ciudad de David") con llanto y duelo desgarrador. Sólo cabe una actitud: implorar la piedad de Dios. El resto queda a cargo de los jefes de su ejército. Ellos planearán la defensa y el ataque contra las huestes de Absalón. David implora la piedad de Dios y la piedad de los hombres. A sus hombres David les encarga: "¡Tened cuidado con el joven Absalón!" Porque aún entonces David ama a su hijo Absalón. Porque aún entonces Absalón sigue siendo para David un "joven", un niño, un hijo.

Llegan las noticias del combate. Cayó Absalón. Fue víctima de su propio amor, de su propia belleza fatídica. Tenía la cabellera más hermosa del reino. La belleza lo perdió. Quiso la ironía del azar que la cabellera de Absalón se enredara en las ramas de un árbol, y ahí quedó apresado, y ahí fue muerto. Murió el "joven" Absalón. Murió el hijo de David. "Y el rey se estremeció y subió al cuarto y lloró, y así decía mientras caminaba: ¡Mi hijo Absalón! ¡Hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Mejor hubiera muerto yo en tu lugar, Absalón, mi hijo, mi hijo!" (II Samuel, XIX, 1). David solo, en su cuarto, con su llanto, con su

duelo, con su vida, con su destino. Inspirándose en esa tragedia escribió William Faulkner su obra *¡Absalón, Absalón!* y en un párrafo de la misma pretende el autor desentrañar la metafísica del ser-en-el-mundo: "Uno nace, y ensaya un camino sin saber por qué, pero sigue esforzándose; lo que sucede es que nacemos junto con muchísimas gentes, al mismo tiempo, todos entremezclados; es como si uno quisiera mover los brazos y las piernas por medio de hilos, y esos hilos se enredasen con otros brazos y otras piernas y todos los demás trataran igualmente de moverse, y no lo consiguiesen porque todos los hilos se traban, y es como si cuatro o cinco personas quisieran tejer una alfombra en el mismo bastidor: cada uno quiere bordar su propio dibujo".

XII. "Y el rey David estaba anciano..."

A LARGOS saltos evocamos e invocamos escenas de la vida de David. Amor y sufrimiento, esa es su existencia. Pero por encima de todo ternura, resignación, nobleza. Logró edificar un poderoso y esplendoroso reino. Pero era hombre, y tal vez como ningún otro ser humano conoció de cerca y en carne viva todos los horizontes de las posibilidades humanas en la plenitud de la belleza, en la plenitud del dolor. Era anciano y sentía frío. Era el frío de la soledad y de un pasado que no retorna. Notaron sus siervos que tenía frío y quisieron que el anciano rey reviviera dichosos días del pasado. Trajeron los siervos delante del rey a la joven más bella del reino, Avischag la Sunamita. (Suponen algunos críticos que esta Sunamita es la misma Sulamita, gran amor posterior del rey Salomón y personaje central de su *Cantar de los Cantares*). Pero ya era tarde. Era una ilusión. El pasado estaba grabado y viviente en el pecho del anciano rey.

No hay paz en el reino. Se suceden los amotinamientos y las rebeliones. Ahora le toca el turno a otro hijo de David, Adonías. "Y también él era de *muy* bella apariencia" (*I Reyes*, I, 6). Se repite una vez más el juego de la pasión y la belleza. Sigue Adonías las huellas de su fenecido hermano Absalón. Quiere el reino, quiere el poder. Los adictos a David someten a Adonías. David no lo castiga ni lo condena. Vuelve el pasado delante del rey. Reaparece Betsabé delante del rey. Reaparece el profeta Natán delante del rey. Vuelve el pasado para fundamentar el futuro. El futuro se denomina Salomón, hijo de

David y Betsabé, hijo del gran amor. ¿No decía acaso Eliot que el comienzo y el fin suelen superponerse? El fin de David, el comienzo de Salomón. Salomón se llamaba Yedidiá, esto es: "el amado de Dios". Hijo del amor, destinado al amor. Nada dice el texto de las emociones que cursaron el alma de David cuando presenció la coronación de su hijo. Imagine el lector. Nada dice el texto porque sería vana tarea pretender expresarlo en pobres palabras. "Tú eres el hombre". Ahí estaba el hombre, anciano, próximo a la muerte. El hombre con todo su pasado, con todo el peso del enigma de la existencia. Y la alegría en torno, la música y los cantos y los bailes de la coronación. ¿Dónde hemos encontrado semejante alegría? Recordamos: entraban el Arca a Jerusalem, y David brincaba y bailaba delante del Arca, delante de Dios...

Setenta años tenía David. Dice la leyenda que esos "setenta años" le fueron regalados por Adán, el primer hombre. Toda la existencia es regalo, gracia suprema. Cuando la existencia es pletórica de humanidad y de autenticidad —como la de David— es, en efecto, existencia adánica y el hombre es siempre un "primer hombre", y más allá del dolor y de la angustia sabe alzar sus ojos al cielo y sentir que su alma se inunda de aires paradisiacos.

XIII. La verdad de la leyenda

¿QUÉ figura más popular, qué figura más cara, qué figura más representativa, más adentrada en el corazón y en la carne de un pueblo, del pueblo de Israel, que la figura de David? Todas las plegarias están llenas de su nombre, de su recuerdo, de su invocación. David es Israel. Grande en su humana relatividad. Poético en su majestuoso poderío. Humano, aún en la máxima altitud de su trono, trono inigualado en la historia de Israel. David, el nombre hecho amor, conjugó en torno de su nombre el amor de sus coetáneos y el amor de todos los tiempos. Y —repetimos— día a día se pasaba el hombre de Israel diciendo y murmurando los salmísticos cánticos de David. Porque David es Israel. Porque los cánticos de los *Salmos* contienen el lirismo patético de un alma dolorida, perseguida, espectante, esperanzada, ensoñada. Y esa alma subjetiva-personal se torna alma nacional, como lo dijo Steinman en el texto antes transcrito. Murió David y se tornó inmortal en el alma de su pueblo. "¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!" Ha muerto

David. Vive David. David, rey de Israel, vive y existe. Y después de su muerte comenzó a rehacerse su historia en el corazón del pueblo, la historia de la leyenda, esa otra verdad que no siempre es acorde con los hechos sucedidos pero sí es acorde con lo que sucede en el corazón en que nace. La verdad de la leyenda no es verdad histórica, pero es verdad transhistórica porque detrás de los hechos que relata pretende fijar hitos inteligibles, simbólicos, míticos, transhistóricos, es decir, eternos.

Fijaos en el Escudo de David. La famosa estrella de seis puntas. El escudo que se tornó Escudo representativo de Israel. ¿De dónde extrae esa su forma de seis extremos? David, sabido es, huía del rey Saúl y escondióse en una cueva. Envió Dios a una araña y ésta hizo su telar en la boca de la cueva. Luego, cuando pasó por ahí Saúl, fijóse en la boca de la cueva y al verla cubierta con la tela de araña imaginó —lógicamente— que nadie pudo haber entrado a la cueva sin haber roto la tela. Así se salvó David. Ese fue su escudo. Y aquella fue su forma. Así, al menos, lo afirma cierta leyenda popular. Pero fijaos en la leyenda y veréis su trasfondo esencial significativo. El Escudo de David es muy sutil, muy delicado. Es fácilmente franqueable. Tenués filamentos de tela de araña. Pero esa no es más que la apariencia, la exteriorización. El escudo estaba mucho más alto, era Aquel que había enviado a la araña.

¡Legendaria arpa o violín de David! (Decimos arpa o violín, porque en el texto hebraico se habla de *kinor*, y si bien la voz *kinor* se actualizó en el sentido de “violín”, no sabemos exactamente a qué instrumento correspondía en la antigüedad). Profundos sonés que traían la paz al angustiado corazón del rey Saúl. Maravilloso instrumento de un pastor-poeta-rey. Dice la leyenda: “Un violín (?) pendía encima de la cama de David, frente a la ventana. Y cuando llegaba la medianoche, comenzaba a soplar un viento norteño y estremecía sus cuerdas y tocaba por sí mismo. Entonces despertaba David y se dedicaba al estudio de la Torá hasta el amanecer”. ¡Ved qué hace un pueblo de su máximo rey! ¡Un rey que se despierta a medianoche a estudiar la Torá! ¿Y cómo se despierta? ¡Al son del violín! ¿Quién es más admirable: David o el pueblo de David, el creador de la leyenda? Así concibe el pueblo de Israel a su máximo rey.

Salmos, XXXIX; 4: “Comunicame, Dios, mi fin, y cuál será la

medida de mis días; deseo saber cuándo cesará mi existencia". Dice la leyenda que Dios se negó al pedido de David y le comunicó únicamente que su muerte ocurriría en un día sábado. "Todos los sábados se sentaba David y dedicaba el día entero al estudio de la *Torá*. Llegó el día en el cual debía suceder su muerte. Presentóse el Ángel de la Muerte, y no pudo tomarlo puesto que no cesaba de estudiar. Pensó: ¿Qué puedo hacerle? Detrás de la casa había un jardín. Fue el Ángel de la Muerte al jardín y sacudió los árboles. Salió David a ver qué ocurría, y mientras caminaba por la escalera rompióse un escalón y expiró su alma y murió". Así tuvo lugar el deceso de David según la leyenda. La leyenda hace confluir en un solo hecho dos esencias del pueblo de Israel: el máximo rey y el máximo día, el sábado. Más aún: una preciosa verdad se desprende de la leyenda. Mientras el hombre está imbuido de espíritu (simbólicamente, el estudio de la *Torá*), está también imbuido de divinidad y *no puede* morir. Era menester que David dejara de estudiar para que el Ángel de la Muerte pudiera tomar su alma. ¿Así muere un rey? Así muere un rey cuando se llama David y cuando es rey de Israel.

XIV. Los amigos de David

CONTEMPLAMOS retrospectivamente la historia personal de David y ella se presenta ante nuestros admirados ojos como una totalidad armónica centrada en el módulo del amor y de la amistad. Betsabé al comienzo; Betsabé al final. El alma que se liga al alma. Las espinas del odio acuciaban, acechaban. Pero la rosa no muere. La rosa renace y revive constantemente, superando escollos y contingencias. Eso es David: el hombre que jamás se rinde a la espina del odio. Detestaba, sí, detestaba el odio y la inquina. Helo ahí a Yoab, el máximo genio militar, que durante muchos años estuvo a la derecha del rey. ¡Cuántas victorias obtuvo Yoab! ¡Cuántas veces defendió gloriosamente el reino y la vida del rey! No obstante, David nunca le profesó particular cariño. Yoab había hecho de la guerra una profesión. Yoab buscaba enemigos y buscaba ardientemente el exterminio de los enemigos. No era ése el ideal de David. David, el rey, no podía menos que agradecer sus servicios. Pero David era sobre todo hombre, y en calidad de hombre rechazaba a Yoab y a sus instintos bélicos insaciables. David buscaba al hombre.

Y lo buscaba positivamente, bajo el signo de la amistad y del amor. Y lo encontró. Junto a David transcurren imágenes de hombres, bellas e inspiradas imágenes de seres que aprendieron a ligar su alma a otra alma. De David lo aprendieron; con David lo realizaron. Judíos y no-judíos; cercanos y lejanos.

Jonatán, el hijo de Saúl, el que ligó su alma al alma de David. Joven murió. Murió en la batalla del odio. El odio lo cercenó. En el siglo XX la exquisita poetisa hebrea Rajel cantará: “¿Y tú debes morir, Jonatán? ¡Qué triste es el destino del hombre en el mundo!”

Hubo otro hombre, Ajisch. No era judío. Era filisteo. Era jerarca de los filisteos. Y los filisteos odiaban a los hebreos. Ajisch conoció a David. Ajisch amó a David. Pero la consigna filistea prohibía amar. Ajisch se sometió a la consigna de su pueblo y se separó de David.

Veamos otra escena, tal vez la más tenebrosa en la vida de David. Absalón expulsa a su padre de Jerusalem. Nuevamente el odio. Pero David no deja de amar a su hijo Absalón. Y en la vorágine del odio cunden de todos los puntos cardinales ecos y voces de amor, de amistad profunda y desinteresada, de cálida amistad humana que es capaz de poner en peligro la propia existencia. El rey y sus hombres abandonaban en llanto y en duelo la ciudad de Jerusalem. Pero entre los hombres que acompañan al dolorido rey se halla un individuo que es extranjero; se llama Itái, de la filistea ciudad de Gat. Itái quiere acompañar al rey al exilio. Itái ligó su alma al alma de David. ¿Qué ha de ganar? Absolutamente nada. En cambio peligrará su vida. Además es un extranjero. Dulcemente insiste el rey para que Itái vuelva en paz a su ciudad de origen. Y nos estremecemos al oír la respuesta de Itái: “Vive Dios y vive mi señor, el rey, que donde esté mi señor, el rey —sea para la vida, sea para la muerte—, ahí mismo estará siempre tu siervo”. Y nos estremecemos porque recordamos instantáneamente *las mismas palabras* que había pronunciado un día la “extranjera” Ruth frente a su suegra Noomí. Y constatamos una vez más el hecho histórico que señala la genealogía física que va de Ruth a David. Genealogía física, genealogía espiritual. Hombres que se unen a los hombres —“sea para la vida, sea para la muerte”, como dijera Itái— constituyen una explosión luminosa que inunda al alma de fe y de esperanza en el hombre y en su historia.

XV. "David hijo de Ischaí, tu siervo, tu Mesías"

"**D**AVID, rey de Israel, vive y existe". Cuando el pueblo pronuncia esta frase no se refiere simplemente a un recuerdo del pasado que guarda siempre consigo y que conserva amorosamente. No es un David pasado. Es un David futuro. La figura de David pasó a ser símbolo de un gran futuro. Pero, ¿de qué futuro? Del futuro mesiánico. Es el futuro de los futuros. Y no es mero capricho que la leyenda haya ubicado la muerte de David en un día sábado. El futuro de los futuros es también denominado "el Sábado del mundo". La era del Mesías. "Mesías" significa en hebreo "rey"¹. Los profetas de Israel consideraron que la existencia humana tiene un sentido, es decir, una meta, una finalidad. La finalidad de la historia es el tiempo mesiánico, "el Sábado del mundo", el reposo universal en la paz y en la armonía y en la fraternidad, en la humanidad como ideal y como aspiración. Tiempos en que el hombre retornará finalmente a su esencia, al *imago Dei*, esto es, a ser el portador de la imagen de Dios.

Pero el pueblo necesitaba plasmar en una figura concreta ese ideal del final de los tiempos. La figura elegida fue David. David fue denominado "siervo de Dios". David se constituyó en molde imaginario de la figura del Mesías ideal. Así entró David a la tradición judaica como prototipo y aun protagonista del mesianismo. El Mesías será de la estirpe de David. El Mesías será David, es decir, *como* David. Por eso la frase "David, rey de Israel, vive y existe" tiene un profundísimo significado trascendente. Implica toda una concepción de mundo, la concepción de mundo más humanista que pueblo alguno logró engendrar y vivir en función de ella. Así vivió el pueblo de Israel, así sigue viviendo, junto con su rey, en vistas de la eternidad. Así lo estampó Maimónides en el décimotercer principio de la fe judía: "Yo creo con absoluta fe en el arribo del Mesías, y aunque se demore, esperaré todos los días que llegue". Así también llegó a pensarse que la palabra hebrea *adam* (hombre) es una sigla que se desglosa en tres vocablos, cuyas iniciales corresponden a las tres letras que componen ese término (a-d-m): *adam* (hombre), *David*, *Mesías*.

¹ Un desarrollo más amplio de este tema podrá encontrarlo el lector en nuestro trabajo *Isaías*, publicado en esta misma colección.

Grandeza del David pasado. Sublimidad del David futuro. Murió en cierto lejano sábado. Habrá de revivir en "el Sábado del mundo". No en vano llegó a decir David en uno de sus *Salmos*:

"No moriré, sino viviré y narraré las obras del Señor".

XVI. El salmista

CIENTO cincuenta cánticos encontramos en el libro denominado *Salmos*. La tradición atribuye a David la paternidad literaria de estos cánticos. Si no todos, evidentemente la mayor parte de los *Salmos* fueron creados por David. David es el salmista. En hebreo el libro se denomina *Tehilim*. Estrictamente significa "loas", "alabanzas". El poeta loa y alaba al Señor. David es el poeta. David hace de su vida poesía y la vuelca frente al testigo máximo y absoluto, frente a Dios. David es el hombre que busca al hombre y en esa misma búsqueda está perpetuamente invocando a Dios. Esto es el salmista: el ser hecho invocación. Dijimos que el título sugiere loas y alabanzas. Pero estas loas y alabanzas nacen en un alma constantemente torturada, perseguida, abandonada. La maravillosa lira de David abarca todo el dramatismo de la existencia, en sus momentos más felices, en sus momentos más desdichados. Su fuente es la experiencia inmediata. Porque el profeta le había dicho que él era el hombre; él, por lo tanto, busca dentro de sí mismo a la humanidad y la expresa en sus conmovidos y conmovedores *Salmos*. El hombre que ama, que quiere amar, que quiere ser amado; el hombre que choca con el odio, con la incomprensión, con la burla y el abandono. El hombre que va de cumbre en cumbre y de abismo en abismo. El hombre profundo. Toda la belleza y la trascendencia de los *Salmos* podrían resumirse en esas palabras de David:

"¡Desde las profundidades te llamé, Dios!"

Esto es el salmista David: el hombre que llama, el hombre que invoca, el hombre sumido en la profundidad de la angustia porque el frío del odio lo cerca y pretende aplastarlo. El salmista apela a Dios. El salmista apela al amor. En la apoteosis de la desesperación brota la flor de una esperanza superior, rotunda, inexpugnable: David, el vencedor de Goliath, es David el salmista, David de la Esperanza, David de la Humanidad:

"¿Unos confían en sus carros,
 otros confían en sus caballos,
 pero nosotros mencionaremos
 el nombre de Dios.
 Ellos se doblegaron y cayeron,
 pero nosotros nos erguimos
 y nos levantamos.
 ¡Dios, salva!
 ¡Oh, Rey, respóndenos
 el día en que te invocamos!

XVII. Tabla Cronológica ²

<u>Año, antes de n. era.</u>	<u>Sucesos históricos:</u>
1037	Nacimiento de David.
1014	David ingresa en la corte de Saúl.
1007	Comienza a reinar en Jevrón.
1000	Conquista de Jerusalem.
998-990	Sometimiento de los pueblos vecinos; estabilización del reino.
993	David y Mefiboschet.
990	David y Betsabé.
987	Muerte de Amnón.
986	Nacimiento de Salomón-Yedidiá.
978	Motín y muerte de Absalón.
976	Coronación de Salomón.
967	Muerte de David.

² Datos tomados de la *Enciclopedia Bíblica*, tomo II, Jerusalem, 1965,

BIBLIOTECA POPULAR JUDIA

Publicaciones del Ejecutivo Sudamericano
del Congreso Judío Mundial

Corrientes 1979 — Buenos Aires

Colección: GRANDES FIGURAS DEL JUDAISMO

1. Samuel Rollansky: SCHÓLEH ALÉIJEM. (Agotado)
2. Natán Gesang: YEHUDÁ HALEVÍ. (Agotado)
3. Simja Sneh: SCHMUEL IOSEF AGNON. (Agotado)
4. León Dujovne: MAIMÓNIDES.
5. Nahum Goldmann: TEODORO HERZL.
6. Shalom Rósenberg: FILÓN DE ALEJANDRÍA.
7. Eugen Relgis: STEFAN ZWEIG.
8. David Elnecavé: JEREMÍAS.
9. León Dujovne: MOISÉS HESS.
10. Jaime Barylko: ISAÍAS.
11. Josef Fraenkel: NAHUM GOLDMANN.
12. Heszel Klepfisz: BAAL SCHEM TOV.
13. Marc Túrkow: JÁNUSZ KÓRCZAK.
14. Jaime Barylko: DAVID, REY DE ISRAEL.

En Preparación:

Hardi Swarsensky: WALTER RATHENAU.
Heriberto Háber: JONÁS.
León Dujovne: HÍLEL ZEITLIN.
Sofía Erlich-Dubnow: SIMÓN DUBNOW.
Sion Cohen Imach: BEN GURIÓN.
Itzhak Harkavi: IOSEF SPRINZAK.
Marie Syrkin: NAJMAN SYRKIN.
Benzión Netanyahu: MAX NORDAU.
Jaime Barylko: RABÍ AKIVÁ.

Colección: HECHOS DE LA HISTORIA JUDIA

1. Menájem Boreisho: LA HISTORIA DEL IDISCH. (Agotado)
2. Teodoro Herzl: EL PRIMER CONGRESO SIONISTA.
3. Abraham Platkin: LA HISTORIA DEL HEBREO.
4. Simja Sneh: HISTORIA DE UN EXTERMINIO.

En Preparación:

Shalom Rósenberg: BREVE HISTORIA DE JERUSALEM.
León Dujovne: LA NATURALEZA EN LA BIBLIA.
Miguel Smilg-Benario: LA LEYENDA DEL CRIMEN RITUAL.
Chaim Weizmann: HISTORIA DE LA DECLARACIÓN BALFOUR.
LA HISTORIA DEL ARAMEO.
LA HISTORIA DEL LADINO.

Este folleto se terminó de imprimir en el
mes de agosto de 1967, en los Talleres
Gráficos JULIO KAUFMAN, S.R.L.,
Avenida Corrientes 1979, Buenos Aires.
República Argentina.



